

El poblado prehistórico de La Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara). La organización del hábitat

The prehistoric settlement of La Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara). The arrangement of the habitat

Jesús VALIENTE MALLA

Museo Provincial. 19001 Guadalajara.

Recibido: 06-11-2000

Aceptado: 04-11-2001

RESUMEN

Las excavaciones arqueológicas desarrolladas en la Loma del Lomo, una elevación del terreno situada en el término de Cogolludo (Guadalajara), han puesto de manifiesto que el paraje estuvo ocupado durante más de un milenio, pero a lo largo de dos etapas culturales distintas, concretamente el Eneolítico y la Edad del Bronce. Así lo confirmaron además las dataciones radiocarbónicas obtenidas a partir de muestras de hueso y carbón procedentes de las hoyas dispersas por el paraje; estas hoyas, que son los únicos restos estructurales del antiguo poblado, contenían desechos domésticos, fragmentos cerámicos, piezas de sílex, huesos de animales, algunos elementos relacionados con la metalurgia y, en varios casos, enterramientos humanos. Las dataciones radiocarbónicas indicaban que la ocupación humana del paraje duró más de mil años, desde mediados del III hasta bien entrado el II milenio antes de Cristo. En el presente trabajo se intenta distinguir las hoyas y las formas cerámicas correspondientes a cada uno de los dos periodos cronológicos y culturales, así como las características de la ordenación del hábitat durante cada uno de ellos.

ABSTRACT

The archaeological excavations performed in the Loma del Lomo (Cogolludo), a hillock located in the North of the province of Guadalajara, have made evident that the human occupation of the site lasted more than one millenium, but along two different cultural periods, namely the Eneolithic and the Bronze Age. This evidence was confirmed through some radiocarbon datations obtained from samples of bone and charcoal found in the pits -the sole structural remnants from the ancient habitat- now scattered through the settlement and filled with domestic refuse, ceramic sherds, flint implements, animal bones and, in some cases, human burials, plus some scarce metallurgical remains. These data-tions make sure that the site was occupied from middle third to well into the second half of the second millenium B.C. This paper is about to determine the pits, ceramics and other remnants that pertain to each of the two cultural and chronological stages, and also the mode of arranging the various sectors of the habitat.

PALABRAS CLAVE
Eneolítico/
Calcolítico,
Edad del
Bronce,
Habitat
prehistórico,
Fondos de
cabaña

KEY WORDS
Chalcolithic,
Bronze Age,
Prehistoric
settlement,
Fields of
sinks and
indoor graves

SUMARIO 1. Introducción. 2. Depósitos cerrados del horizonte eneolítico. 3. El poblado del Bronce Pleno. 4. Resumen y conclusión.

1. Introducción

Apenas iniciados los análisis de los datos y materiales aportados por las excavaciones arqueológicas realizadas en la Loma del Lomo se advirtió la complejidad que presentaba el asentamiento desde la doble perspectiva de su desarrollo cronológico y de su configuración espacial. En cuanto a lo primero, una serie de dataciones radiocarbónicas nos sitúa en un lapso temporal que abarca desde mediados del III milenio hasta la segunda mitad del II milenio a.C., es decir que la ocupación humana del paraje se extiende a lo largo de más de 1000 años. En cuanto a la coordenada espacial, los primeros análisis revelaron una cierta organicidad en la ocupación del espacio habitado, propiciada hasta cierto punto por la misma topografía del paraje, cuya constitución geológica genera un eje oeste-este que condiciona el sentido más lógico de la posible organización del hábitat.

Por otra parte, el denso y variado conjunto de hallazgos, especialmente cerámicas, planteaba a

su vez la cuestión de una posible seriación con vistas a establecer una estratigrafía horizontal. A este propósito respondía el estudio comparativo de las cerámicas obtenidas durante las primeras campañas, publicado en la primera memoria (Valiente 1987: 139-53). Aquella revisión permitió señalar algunos paralelos con yacimientos de un horizonte antiguo, eneolítico (El Lomo I), y otro más reciente, del Bronce Pleno (El Lomo II), a los que correspondería el mayor volumen de testimonios recuperados.

Una vez finalizada la excavación del yacimiento prácticamente en su totalidad (fig. 1), ya parece factible abordar el problema de la posible delimitación más precisa de las dos fases sobre el terreno. En efecto, en una noticia anterior (Valiente 1995b) se acotaron las hoyas que pueden considerarse con seguridad hallazgos cerrados del horizonte antiguo; estas hoyas aparecen ahora repartidas por toda la excavación sin orden aparente, aisladas o agrupadas en conjuntos. Uno de estos conjuntos, el situado en el borde sur de la Loma, constituye por sí solo un

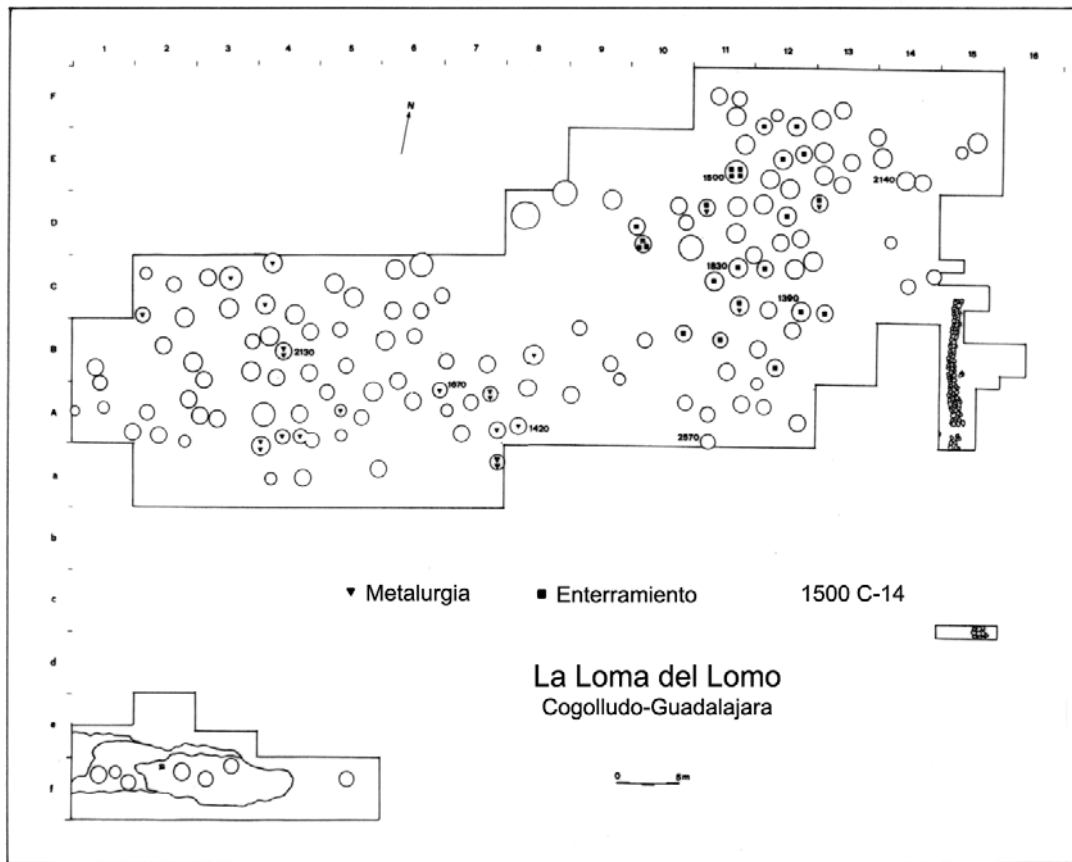


Figura 1.- Plano de la excavación de La Loma del Lomo.

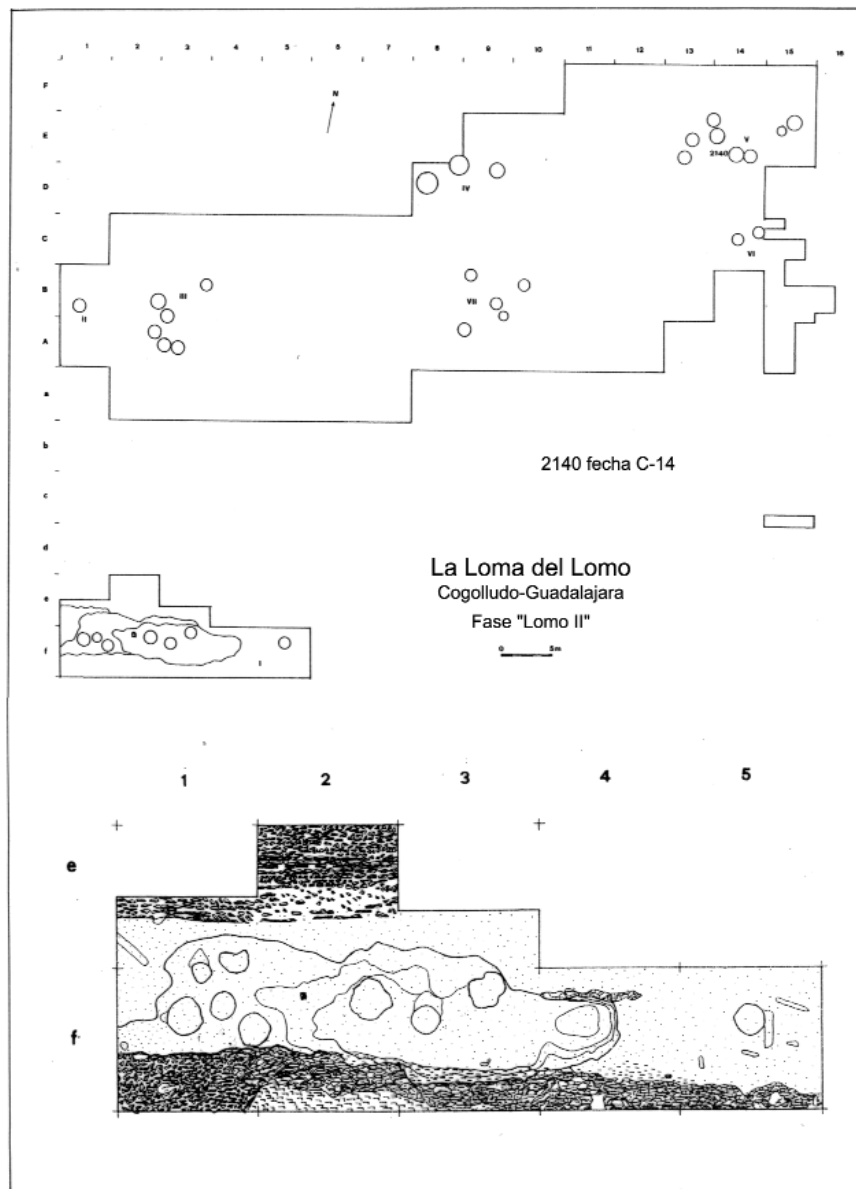


Figura 2.- A-Conjunto de las hoyas de la fase eneolítica; B-Plano de la cabaña doble de la Zona A/Sur.

complejo habitacional del máximo interés y a la vez muestra un carácter unitario que lo singulariza como un “yacimiento dentro del yacimiento” (fig. 2,A y B); de este sector de la excavación se adelantó ya una noticia (Valiente 1997).

Sobre la base de las dos memorias ya publicadas, de la tercera aún inédita y de las noticias citadas, en los párrafos que siguen trataremos de precisar estas primeras intuiciones y tantearemos la posibilidad de establecer siquiera las líneas generales de un ordenamiento cronológico y espacial de los elementos habitacionales del yacimiento.

2. Depósitos cerrados del horizonte eneolítico

En el curso de los trabajos de excavación se hizo patente la existencia de un nivel teórico más antiguo, representado por materiales de clara filiación eneolítica, pero que aparecían como elementos intrusivos en un ambiente del Bronce Pleno. Se puede citar como ejemplo la hoyita 11A-3, que dio una datación en 2570 ± 100 , la más antigua obtenida en el yacimiento, pero en un contexto en que se mezclan tipos cerámicos claramente encuadrables en el Eneolítico y

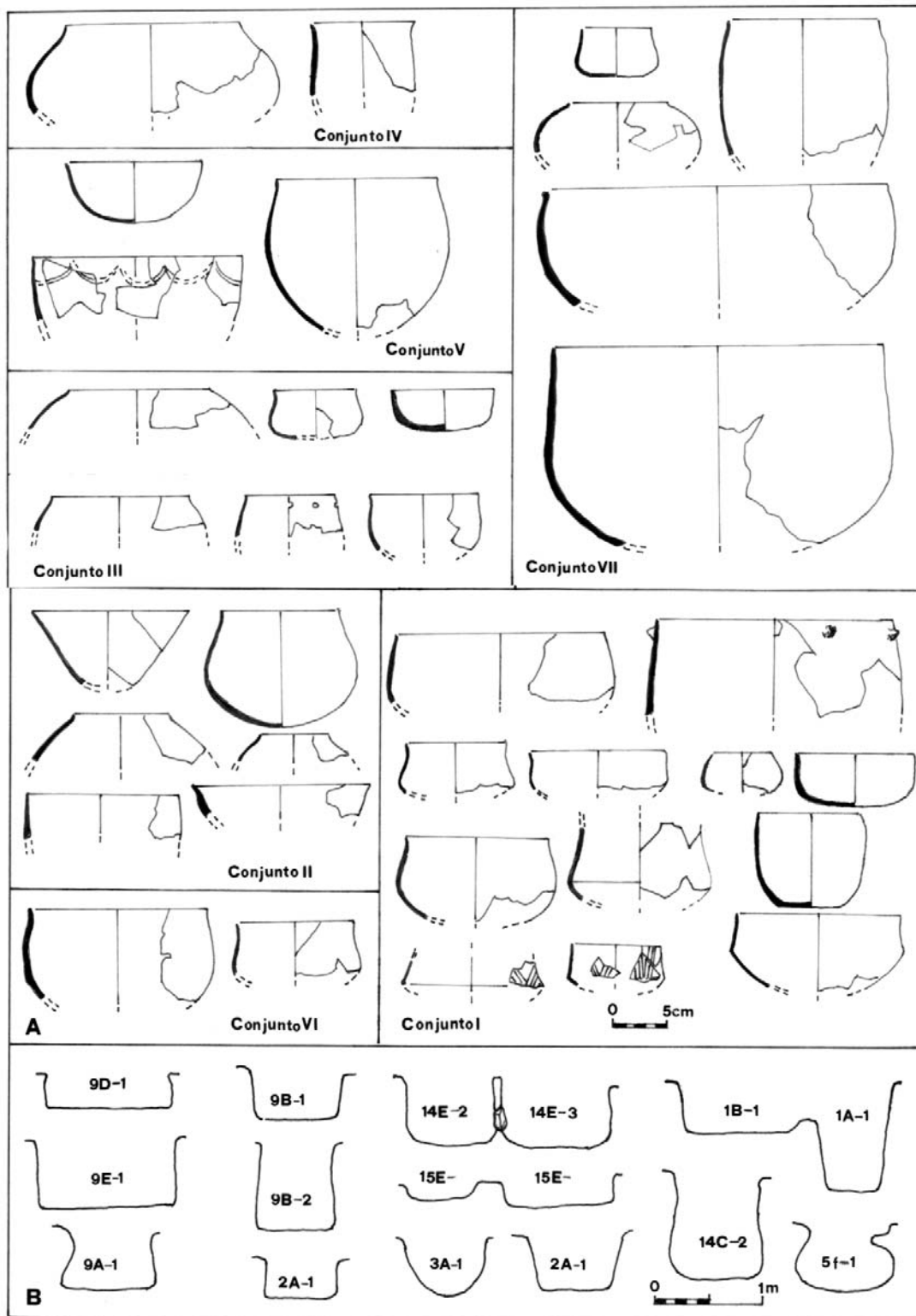


Figura 3.- La Loma del Lomo, fase eneolítica. A-Formas cerámicas; B-Perfiles de las hoyas.

en el Bronce Pleno. Esta disonancia se explicó en su momento como resultado de la reexcavación de una hoya antigua cuyo contenido se mezclaría luego con materiales más recientes (Valiente 1992: 198-200).

Aparte de estas intrusiones en ambientes más recientes, se han detectado hoyas antiguas que permanecieron intactas durante la fase del Bronce Pleno, por lo que sus contenidos pueden considerarse depósitos cerrados de un horizonte eneolítico. Se propone seguidamente la seriación cronológica por niveles de los conjuntos en que se integran estos depósitos.

A fin de evitar posibles confusiones, se mantendrá la numeración que se ha venido dando en estudios anteriores a los distintos conjuntos de hoyas asignables a la fase antigua ("El Lomo I") del yacimiento, pero ahora se agruparán por "niveles" conforme a una seriación cronológica (fig. 3,A y B).

Nivel I

Las grandes hoyas del conjunto IV (8D-1, 9D-1 y 9E-1) aparecen a cierta distancia unas de otras, pero muestran rasgos comunes que acreditan un cierto grado de identidad cronológico-cultural: son más anchas que hondas y muestran perfiles sencillos: paredes rectas verticales y fondos planos (Valiente e.p.: figs. 166, 168, 171).

Las peculiares características de estas hoyas, sus rellenos relativamente limpios y homogéneos, así como la ausencia de restos de combustión, es decir de hogares, inducen a pensar que en su momento serían objeto de frecuentes limpiezas y que podrían considerarse como "fondos de cabaña" en sentido propio, es decir albergues estacionales, a modo de chozos de pastor consistentes en cubetas que en su momento estarían cubiertas por techos de materiales efímeros (Asquerino 1979: 132-33).

De las tres hoyas que componen este conjunto, tan sólo dos, las sigladas como 9D-1 y 9E-1, aportaron fragmentos cerámicos de formas reconocibles (Valiente e.p.: figs. 170 y 172); el más significativo es la porción superior de una olla de perfil fuertemente abombado, con borde levemente exvasado por contracurva del perfil, con paralelos exactos en los enterramientos colectivos del Jarama, en los abrigos rocosos del Henares (Cuadrado *et al.* 1964: fig. 3; Adán *et al.* 1995: 117; Valiente 1984: figs. 2,1; 7,26,29),

y en ambientes dolménicos (Bueno 1991: figs. 119-120). Hay también contenedores medianos de paredes verticales o ligeramente reentrantes, con labios afinados y exvasados, idénticos a los recuperados en los asentamientos de la Cueva Harzal de Olmedillas (Valiente y García-Gelabert 1983: fig. 6), el abrigo de Peña Corva (Valiente 1984: figs. 2-6), La Cueva de Bañuelos (Valiente y Martínez 1988: figs. 2 y 3) y el cercano yacimiento de Los Cerrillos de Cogolludo (Valiente 1995a: fig. 2).

Cronológicamente, este sector del yacimiento debe situarse en el tránsito del IV al III milenio a.C., a tenor de las fechas que sugieren los yacimientos de Guadalajara que se acaban de citar, caracterizados precisamente por su arcaísmo, que acreditan algunos elementos de indudable filiación neolítica, concretamente las decoraciones impresas aparecidas en La Cueva de Bañuelos y en Los Cerrillos de Cogolludo. Estas decoraciones han sido interpretadas como definitivas de un Neolítico del Interior con personalidad propia que se precisa a ambos lados de la Cordillera Central (Bueno *et al.* 1995: 75-78; Valiente 1995a: 146-49; Jiménez 1998: 39-44).

A este mismo horizonte, aunque en un momento más avanzado, corresponden cinco hoyas (9A-1, 9B-1, 9B-2, 9B-3 y 10B-1) que se agrupan, más que nada por conveniencia metodológica, en el Conjunto VII. Son de escasa capacidad, aunque mantienen el mismo perfil y la misma relación diámetro/profundidad que las anteriores, salvo en el caso de la hoya 9B-2, en la que la profundidad dobla el diámetro. No está clara la relación que pudo haber entre ellas, aunque las hoyas 9B-2 y 9B-3 pudieron formar parte de una misma unidad habitacional; la primera de ellas contenía un vertido de restos domésticos que incluían un fuerte embolsamiento de ceniza y restos de un pavimento calcáreo que englobaba un depósito de piezas líticas tanto pulimentadas como talladas, entre ellas tipos antiguos (alabardas, puntas de flecha) y sobre todo lascas en proceso de talla. Ya ha sido publicada la hoya 10B-1 (Valiente 1992: 47-49; figs. 31-32), que aportó materiales escasos, pero significativos, entre ellos un contenedor de paredes altas y rectas, un cuenco "dolménico" y una olla de perfil achatado y borde ligeramente vuelto al exterior, típica de los enterramientos en covacho, muy antigua por tanto. De las restantes hoyas de este conjunto cabe destacar los grandes contene-

dores de perfil continuo, paredes casi verticales, labios apuntados o moldurados de dentro afuera y soleros aplanados. Se recuperaron algunos recipientes de paredes reentrantes que parecen insinuar una tendencia a asumir, mediante una leve contracurva del labio, el perfil sinuoso característico del pleno ambiente eneolítico del yacimiento. Las pequeñas dimensiones de estas hoyas y el contenido de revestimientos y otros desechos domésticos indicarían que se integraban en un complejo habitacional, lo que, desde el punto de vista de la evolución del hábitat, correspondería a una modalidad algo más avanzada que la representada por las grandes hoyas del Conjunto IV.

Nivel II

A un momento posterior corresponden las hoyas del Conjunto V (14E-1, 14E-2, 14E-3, 14E-4, 15E-1 y 15E-2). Mantienen las mismas características formales que las anteriores: perfil sencillo y diámetro notablemente mayor que la profundidad. Sin embargo aparece una novedad importante, concretamente la agrupación de las hoyas por pares, que cabe interpretar como indicio de que la vivienda muestra ya una cierta complejidad. Dos de estas hoyas (15E-1 y 15E-2) fueron publicadas en la primera memoria (Valiente 1987: 122-23; fig. 109); son muy anchas y poco profundas, aparecen juntas y son de capacidad muy diferente; pertenecen sin duda a una misma unidad habitacional, como si la hoya menor hubiera cumplido funciones auxiliares (hogar, despensa, cantarera...) con respecto a la mayor, que aparece ahora amortizada por varios bloques de piedra en su centro. Contenían un relleno uniforme de tierra grisácea, sin restos de combustión y con muy escasos fragmentos cerámicos, como si nunca hubieran sido utilizadas o como si se hubieran limpiado cuidadosamente en su día de los restos que contuvieran, a semejanza de lo que se ha sugerido a propósito de las grandes cubetas del conjunto IV. Las cuatro hoyas restantes fueron estudiadas en la segunda memoria (Valiente 1992: 144-51).

Los contenidos de estas hoyas muestran notables diferencias con respecto a lo ya reseñado, aunque con claros indicios de continuidad. Junto con los perfiles rectos aparecen ya en notable proporción los curvos o sinuosos. Destacan un

contenedor decorado con una guirnalda bruñida sobre la superficie exterior y una pieza singular, concretamente un "ídolo" sobre un bloque estalagmítico que enlazaría con una densa tradición de figuraciones simbólicas vinculadas en última instancia a la ideología del mundo dolménico (Valiente 1988). Una de las hoyas contenía un depósito de tierra negra cenicienta con aspecto de corresponder a un vertido doméstico; del mismo se tomó una muestra de huesos para análisis radiocarbónico que dio la fecha de 2140 ± 260 a. C., que se considera coherente con los materiales recuperados en este sector (Valiente 1992: 159-62). Este conjunto, por tanto, representaría un momento cronológicamente más avanzado que los depósitos anteriormente reseñados.

En cuanto a la disposición de la vivienda tenemos un caso semejante en dos agrupaciones de dos (3A-1 y 2B-3) y tres (2A-1, 3A-2 y 3A-3) hoyas del conjunto III, algunas de las cuales contenían restos de hogares; son las hoyas 2A-1 (Valiente 1987: 62-64; figs. 46-48) y 2B-3 (*ibid.*: 58-62; figs. 42-45); en ésta se hallaron, a media profundidad y sobre un pavimento calcáreo, restos de varias vasijas y un embolsamiento de cenizas correspondiente a un hogar; la primera aportó los restos de un revestimiento calcáreo de otro hogar.

Los materiales recuperados en el Conjunto III responden a formas ya conocidas: contenedores mayores y medianos de paredes rectas o curvas reentrantes ("globos de lámpara"); los primeros tienen paralelos, incluso en detalles como el de la serie de perforaciones bajo el labio, en La Esgaravita (Martínez Navarrete 1979: fig. 9,2); los segundos los tienen en yacimientos próximos a la vertiente norte del Sistema Central a partir del horizonte Las Pozas, cuya plenitud puede situarse en torno al 1800 a.C. (Martín Valls y Delibes 1976: 431-34). Cabría señalar estos mismos paralelos en otros yacimientos semejantes, como el del Cerro de la Cervera (Asquerino 1979: figs. 8,42.41.60.13; 14,3.41), lo que indicaría una notable antigüedad dentro de nuestro yacimiento. Sin embargo, aquí aparecen también formas que indican una cierta novedad, como las ollas de perfil sinuoso con tendencia a cerrarse, antecedente de los galbos piriformes característicos de los conjuntos más modernos dentro de la fase El Lomo I.

Nivel III

Las dos hoyas que integran el Conjunto VI (14C-1 y 14C-2) se aproximan por sus perfiles, dimensiones y proporciones a las del Bronce Pleno, pero los escasos materiales recuperados en ellas muestran los mismos rasgos que los del Conjunto III, especialmente los cuencos y cazuelas de perfil sinuoso (Valiente 1992: 95-101; figs. 83-86).

El Conjunto II está integrado por dos hoyas (1A-1 y 1B-1) que ya fueron publicadas en la primera memoria (Valiente 1987: 26-32; figs. 15-17) y que plantean un problema de interpretación. En efecto, son de capacidad y perfiles dispares, pero están unidas por sus niveles superiores, lo que sugiere que en algún momento debieron de formar un conjunto funcional unitario, a semejanza de las hoyas 15E-1 y 15E-2 del Conjunto V. La mayor (1B-2) es ancha y poco profunda, como otras hoyas de la fase antigua; aportó cerámicas idénticas a las recuperadas en los dos conjuntos que se acaban de reseñar, como los “globos de lámpara”, además de un plato de paredes rectas muy abiertas, forma que se generalizará en la etapa siguiente, y una olla de galbo piriforme; los materiales líticos son escasos y carecen de especial significación. La otra hoyo (1A-1), de diámetro menor, pero más profunda, contenía varios recipientes completos claramente encuadrables en un horizonte del Bronce Pleno. Es posible que esta hoyo, originalmente más somera, fuera reexcavada y ahondada en esta segunda etapa a fin de utilizarla como silo, según parece indicar la tipología de los recipientes recuperados en ella (Valiente 1987: 150-52; figs. 114 y 115); este silo, a su vez, fue luego sellado con una capa de piedras que ocupa toda la embocadura de la hoyo. Posteriormente fue olvidado y se utilizó para instalar el hogar mencionado. De las dos hoyas, por consiguiente, sólo la 1B-1 puede ser considerada depósito cerrado de la fase antigua del yacimiento.

Al final de esta serie de tipos habitacionales se sitúa el Conjunto I, en el sector A/Sur. Ocupa cinco cuadrículas, algunas prolongadas en dirección norte y situadas junto al borde sur de la Loma del Lomo (fig. 2B). En ellas se descubrieron una cabaña doble, de la que ya se adelantó una noticia (Valiente 1997), con un pasadizo de acceso situado en el extremo oriental y, frente a éste, una hoyo (5f-1) que fue publicada en la pri-

mera memoria (Valiente 1987: 108-14; figs. 94-98); contenía materiales en todo semejantes a los recuperados posteriormente en la excavación de la cabaña, además de algunas piezas cuya tipología encaja plenamente en un momento más avanzado. También el perfil de la hoyo, fuertemente acampanado, corresponde a un tipo más propio de la fase reciente del poblado. Es posible que sirviera de vertedero a la cabaña en los momentos finales de su ocupación.

La cabaña o cabañas ocupan un rehundimiento artificial practicado en un estrato de roca blanda entre otros dos de caliza cristalina más dura; el conjunto se orienta en dirección este-oeste. Estratigráficamente, hay un único nivel muy homogéneo de tierra negra cargada de humus. A partir del extremo de Levante, el interior de la concavidad se distribuye del siguiente modo: en primer lugar aparece un dromos o pasadizo más estrecho que el resto de la substrucción; cumpliría verosímilmente la función de acceso a la cabaña. A continuación se ensancha la concavidad; en el fondo aparecieron dos conjuntos de tres hoyas cada uno separados entre sí unos tres metros; todas estas hoyas son proporcionalmente anchas y muy someras. Una de las hoyas del primer conjunto (el situado más cerca del pasadizo de acceso, que designaremos como “sector A”) contenía restos de un hogar. Junto a las tres hoyas del segundo conjunto (“sector B”) aparecieron dos pequeñas cubetas. Dos de las hoyas de este segundo conjunto fueron utilizadas como hogares, de los cuales uno fue amortizado en su día mediante un poyete realizado y construido de piedras menudas y barro. Estos datos abonan la idea de que las dos porciones del rehundimiento son distintas en algún sentido. Entre los dos conjuntos de hoyas hay un suelo hecho de la misma caliza blanda en la que están abiertas las hoyas, pero compactada artificialmente. En este suelo aparece perfectamente centrado un hoyo cuadrado tallado en la roca blanda del suelo que pudo servir de apoyo a un poste relacionado posiblemente con una medianería entre las dos cabañas.

En la bibliografía se citan ampliaciones y reconstrucciones de cabañas anteriores (Almagro y Dávila 1988) o la partición del interior de las viviendas, sobre todo en épocas avanzadas; también ocurre que las viviendas menores son sustituidas por otras mayores con divisiones interiores para albergar a varias familias nucleares,

cuyo número se puede determinar por el de los hogares instalados en el interior (Audouze y Büchschütz 1992: 107-109, 175-76).

Sobre los dos conjuntos de hoyas aparecieron sendos desplomes de piedras resultantes probablemente del arrasamiento de un parapeto situado originalmente por fuera y sobre el borde norte de la concavidad, ya que algunos bloques aparecieron fuera de ésta; su función pudo ser la de servir de apoyo por este lado a la techumbre, que sería a una vertiente, aprovechando el desnivel del terreno para darle una pendiente más acentuada. En la bibliografía se citan casos semejantes de fondos de cabaña “en parte excavados y en parte construidos” (Molina 1980: 110) o con los laterales reforzados con obra de mampostería que sobresale muy poco sobre el nivel del terreno circundante, de modo que el alero de la techumbre toca el suelo por el exterior de la vivienda (Gimbutas 1965: 260; fig. 169).

En cuanto a los materiales arqueológicos recogidos cabe señalar algunas novedades. En el sector A, el mayor volumen de hallazgos corresponde a las formas sencillas ya conocidas: grandes recipientes de paredes rectas verticales o ligeramente reentrantes que parecen delatar funciones de almacenamiento, pero aparecen ya en notable cantidad los galbos hemisféricos en distintos tamaños y sobre todo los cuencos y cazuelas carenados que cabría interpretar como un desarrollo de los cuencos dolménicos de paredes rectas reentrantes que adoptan ahora un perfil en contracurva a partir del giro del solero, preludio de las clásicas carenas del Bronce Pleno. Estas novedades son aún más notorias y frecuentes en las cerámicas del sector B; además de los perfiles hemisféricos o ultrahemisféricos que persistirán a lo largo del Bronce Pleno, abundan aquí los contenedores mayores de perfil sinuoso y los medianos en que se acentúan los giros de curva y contracurva que generan galbos piriformes, muy abundantes en asentamientos del Bronce Antiguo o Calcolítico avanzado de la Meseta Norte. Así, el tipo A de Muñogalindo, cuya variante nº 4 ostenta una decoración incisa que delata influencia campaniforme, nada de extraño, habida cuenta de que en el mismo yacimiento se han recogido fragmentos decorados con temas propiamente campaniformes tardíos (López Plaza 1974: 139, 142-43; figs. 1,24; 5,1). También es forma habitual en Los Tolmos de Caracena, donde se clasifica como tipo B,5 (Ji-

meno 1984: figs. 11 y 85,153). Otro ámbito en el que la aparición de estas formas piriformes señala la inminente transición al Bronce Pleno es el Bronce valenciano, como se documenta en el asentamiento castellonense de Les Planetes (González 1978).

Una novedad interesantísima son los cuencos y cazuelas carenados con los diedros muy netamente marcados. Estos mismos perfiles aparecen en yacimientos de finales del Bronce Antiguo de la Meseta Superior sincrónicos del pleno Ciempozuelos; en el Horizonte Ferradeira del Suroeste, donde se dan las mismas formas de carenas bajas, y en la fase Vila Nova de São Pedro II. A este conjunto de formas se asigna una fecha en torno al 1800 a.C. (Martín y Delibes 1976: 422-26; fig. 6). Pero la mayor novedad consiste en la aparición de cazuelas y cuencos con decoraciones bruñidas de ángulos inscritos sobre la línea de carenación.

También el catálogo de sílex tallado presenta algunas novedades que se harán habituales en la etapa siguiente. Se trata en concreto de las puntas de flecha de pedúnculo y aletas desarrolladas, que conviven con las romboidales, y en especial de los dientes de hoz primero sobre láminas y luego tallados en “D” sobre lascas, que indican un giro aún más profundo en la vida de aquellas gentes, como es el paso de una economía preferentemente ganadera a unos medios de subsistencia centrados en la agricultura, con la consiguiente tendencia de las poblaciones a la sedentarización.

Las cabañas del Conjunto I nos revelan un ambiente en el que aparecen formas y decoraciones que apuntan a una sincronía e incluso relación con el Campaniforme o con los comienzos de la plena Edad del Bronce. Con este momento iría perfectamente una fecha radiocarbónica en 1830 ± 110 a.C., correspondiente al relleno de una hoya con enterramiento entre cuyos escasos materiales había un fragmento intrusivo con decoración campaniforme puntillada, a propósito de la cual se señaló la coincidencia con las fechas tempranas para el paso del Eneolítico al Bronce Pleno en el área valenciana (Valiente 1992: 196-98; Pascual-Benito *et al.* 1993: 40-41).

3. El poblado del Bronce Pleno

Si en el plano general de la excavación se suprimen las hoyas de la fase antigua que per-

manecieron intactas durante la etapa más moderna del poblado, tendremos el plano real de su ocupación correspondiente al Bronce Pleno (fig. 4A). De este tema se trata a continuación.

En primer lugar, hay que reseñar algo que de puro obvio podría pasar desapercibido: que entre las dos fases de la ocupación del poblado se da un rasgo común, concretamente la presencia de hoyas como elemento definidor. Es de notar, en efecto, que la utilización de hoyas como vivienda o como elemento auxiliar de la misma es una constante desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce Pleno y resulta tan característica que en la bibliografía se ha impuesto la expresión “poblados de fondos de cabaña” para designar un tipo de asentamiento durante tan dilatado lapso cultural y cronológico.

Este tipo de hábitat que se inició en el Neolítico (en Cogolludo, a pocos metros de la Loma del Lomo, tenemos el ejemplo de Los Cerrillos; Valiente 1995a), ya entonces se simultaneaba con el hábitat en cuevas y abrigos. Se ha sugerido que esta dualidad entrañaría un significado eminentemente económico, como un procedimiento para la explotación de los recursos que ofrecían los diversos nichos ecológicos, de llanura o de montaña, lo que obligaba a la ocupación estacional alternante de los dos tipos de vivienda por un mismo grupo humano, en el marco de unos “sistemas cíclicos y reiterativos de amplia deambulación” (Jiménez 1998: 33-37). El poblado del Bronce Pleno de Cogolludo correspondería al final de esa situación, cuando termina por imponerse como modalidad única, salvo situaciones excepcionales, el hábitat estable, es decir la sedentarización (Valiente 1992: 203-15).

En Cogolludo, la utilización de hoyas es, por consiguiente, un elemento que documenta una continuidad, al menos cultural, entre las dos fases del poblado, pero al mismo tiempo salta a la vista que hay notables diferencias entre las hoyas del poblado antiguo y las del más reciente. Las primeras, en efecto, presentan una acusada diversidad de medidas y, consecuentemente, de capacidades, pero dentro de una gran sencillez de los perfiles. Las segundas (fig. 5A), por el contrario, suelen ser de capacidad intermedia y presentan una notable diversidad de perfiles, desde los más sencillos, como los de la fase antigua, hasta los más complejos, como los acampados; hay hoyas de dimensiones reducidas y

escasa capacidad, muy someras, que en algunos casos podrían considerarse “hoyas fallidas” por haber tropezado la labor de abrirlas con un estrato de caliza cristalina muy dura. Pero el perfil más frecuente es el de saco, con el fondo plano, aunque a veces aparece un rasgo curioso, que podría ser o no significativo, y es que reproducen los perfiles de los recipientes cerámicos, especialmente las tinajas. Algunas hoyas destinadas a recoger enterramientos tienen un nicho lateral en el que se depositó el cuerpo o el recipiente cerámico que lo contenía. Al igual que ocurría en la fase antigua, hay hoyas geminadas, pero en nuestro caso no ha sido posible ir más allá de las meras conjeturas acerca de su funcionalidad, si es que tuvieron alguna.

Desde la perspectiva espacial, el poblado del Bronce Pleno se organizó en tres bloques bien diferenciados que, siguiendo la norma adoptada desde un principio, se designan, leídos de Poniente a Levante, como “Zona A”, “Zona B” y “Zona C”. Entre las dos primeras se interpone un espacio vacío de más de 10 metros que indica una clara voluntad de mantener distanciados los dos conjuntos de hoyas. Entre la segunda y la tercera zona hay también un espacio vacío y además un alomamiento de piedras que en su día se interpretó como apoyo de una empalizada para separar la zona en que se sitúan las hoyas y un ámbito cuya característica más notable es el estar formado por un depósito de humus, indicio de que estuvo dedicado a cerradero de ganado. A tenor de los resultados del sondeo practicado en la porción sur de la Zona C, la cerca debió de tener como mínimo unos 25 metros de longitud.

Las Zonas A y B, exceptuando la cabaña doble de la Zona A/Sur, pertenecen a un mismo horizonte cronológico y cultural. Lo primero es evidente a partir de las fechas radiocarbónicas obtenidas en los dos sectores, pero es el segundo aspecto el que, por la densidad de los testimonios, mejor acredita su ocupación simultánea. En este sentido es de destacar la identidad de los respectivos repertorios cerámicos, desde los recipientes mayores hasta los habituales cuencos, tarros y ollas de formas sencillas, pasando por los característicos tipos carenados (fig. 5A). Por otra parte, entre las tres zonas se dan diferencias notables y significativas. En efecto, las hoyas de la Zona A son generalmente de mayor capacidad que las de la Zona B, contienen mayor cantidad de fragmentos cerámicos y éstos son de mayor

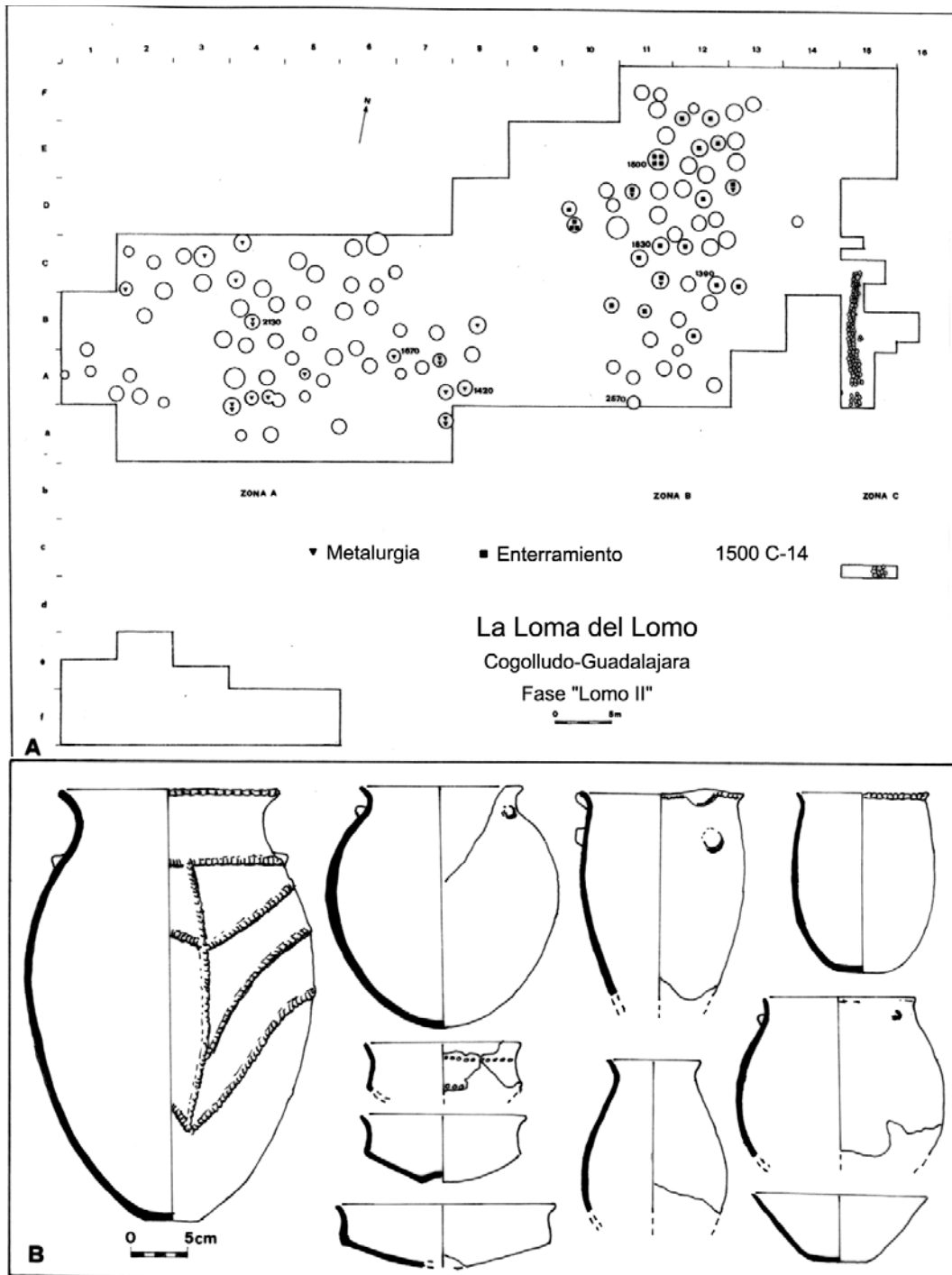


Figura 4.- A-Plano del poblado del Bronce Pleno; B-Formas cerámicas tardías del Bronce Pleno.

tamaño, lo que ha permitido reconstruir un mayor número de formas. Además, en la Zona B abundan las hoyas de gran capacidad, pero casi siempre muestran indicios de que estaban cerradas a distintas profundidades por un pavimento que las seccionaba en dos.

En la Zona A se han recuperado abundantes testimonios de una práctica importante de la metalurgia, de la que ya se ha adelantado una noticia (Valiente 1993b) y que se estudia pormenorizadamente en la tercera memoria (Valiente e.p.). Además de algunas piezas enteras o restos

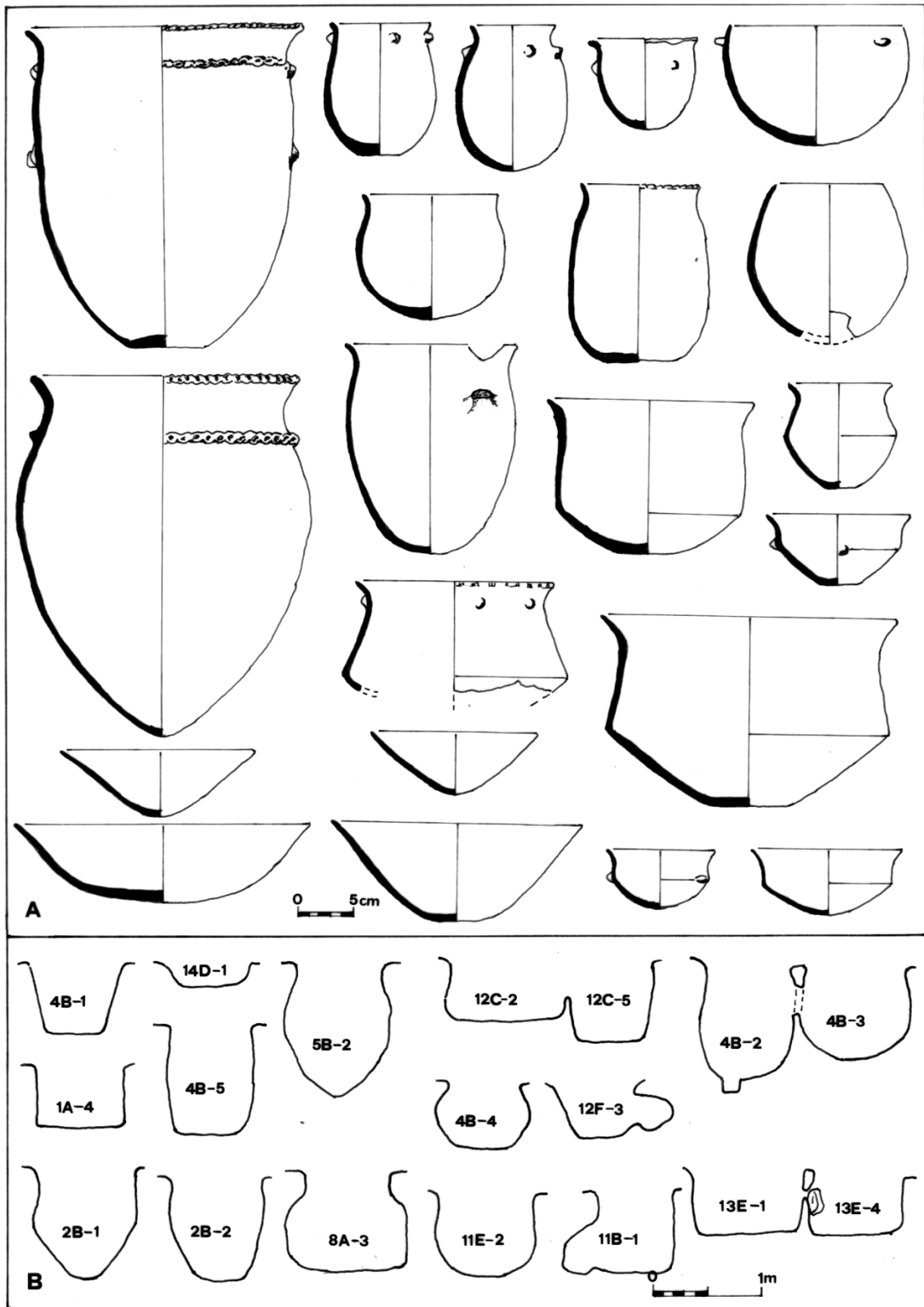


Figura 5.- La Loma del Lomo, fase del Bronce Pleno. A-Formas cerámicas; B-Perfiles de las hoyas.

metálicos (“chatarra”), hay moldes de fundición y crisoles. Otro indicio importante de esta actividad metalúrgica son los depósitos de productos de combustión que llenaban por completo algunas hoyas. En el plano del poblado del Bronce Pleno se observa que las hoyas de la Zona A tienden a agruparse en torno a espacios vacíos, en los que presumiblemente se desarrollarían los trabajos metalúrgicos propiamente dichos. En la Zona B no hay otras muestras de actividad metalúrgica que dos punzones y una pequeña costra de fundición asociados a otros tantos enterramientos.

Son precisamente los enterramientos, en número de veintitrés, el rasgo que define el carácter de esta área: viviendas con enterramientos en el subsuelo, siguiendo el rito característico de la Edad del Bronce, del que tenemos abundantes testimonios, especialmente en la zona argárica, pero también en las motillas y en los poblados de altura del tipo de La Encatada. En el estudio que se dedicó a esta zona del yacimiento y a partir precisamente de los datos aportados por los enterramientos (Valiente 1992: 200-215, 243-45) se llegó a la conclusión de que el poblado respondería a la categoría de “granja” o “case-río” habitado por una familia amplia que contaría con no más de quince individuos en sus momentos de mayor florecimiento.

Las cerámicas del yacimiento fueron objeto de un primer análisis global en la primera memoria (Valiente 1987: 139-53; figs. 112-122; láms. V-VII). La organización y los hallazgos de la Zona B se estudiaron en la segunda memoria; en la misma publicación se hizo un estudio de las cerámicas relacionadas con los enterramientos (Valiente 1992b: 179-185; figs. 156-157; lám. III), en el que se concluía que no formaban una categoría aparte dentro del repertorio de la fase del Bronce Pleno. No parece necesario, por consiguiente, presentar ahora un nuevo catálogo de formas asignables a esta etapa; bastará enumerar los tipos más significativos, especialmente cuando poseen algún valor como indicativos cronológicos. Por este mismo motivo se tendrán en cuenta únicamente los paralelos de las áreas colindantes. En los apartados siguientes se hace referencia a la tipología publicada en la primera memoria.

1. Tinajas. Son contenedores mayores destinados a funciones de almacenamiento. Llevan

casi siempre decoración plástica de hoyitos o muescas en el labio, donde se insertan además pestañas adornadas con muescas, y cordones de lo mismo marcado la inserción del cuello en el cuerpo; hay también ejemplares que ostentan cordones en combinaciones más complicadas o picos y pestañas más o menos regularmente repartidos por todo el cuerpo. En Cogolludo destaca la serie de recipientes de este tipo recuperados en los enterramientos. Las formas van desde galbos muy sencillos, de paredes rectas o levemente convexas y boca ancha apenas diferenciada del cuerpo, hasta los perfiles ovoides con cuellos más desarrollados en amplia contracurva. Algunas tinajas del primer tipo han aparecido en enterramientos junto con cazuelas carenadas, lo que permite asignarles una datación en torno al 1500 a.C. (Valiente 1987: 159-62); las del segundo tienen también una fecha de referencia en 1390 ± 100 , obtenida para un enterramiento depositado previamente en una tinaja de ese tipo (Valiente 1992: 195-96; figs. 75 y 76), coincidente prácticamente con dataciones en 1350-1340 a.C. de la cueva de Arevalillo de Cega para el mismo tipo de tinajas de perfil ovoide, cuellos destacados en contracurva y cordones marcando la inserción del cuello en el cuerpo (Fernández-Posse 1981: 51; figs. 9, 10 y 17).

Estos recipientes son habituales en asentamientos del Bronce Pleno; citaremos al respecto dos situados sobre ambas vertientes del Sistema Central. En la Cueva del Aire de Patones tenemos los recipientes mayores del “segundo conjunto” (= Bronce Pleno), que presentan los mismos rasgos que los de Cogolludo (Fernández-Posse 1980: 59; figs. 6, 11-14; lám. III). Lo mismo podemos decir de los hallados en los Tolmos de Caracena (Jimeno 1984: figs. 79, 26.31; 92-96 [sector A]; 126-133 [sector B]).

2. Orzas, ollas y tarros. Son contenedores medianos y pequeños de galbo ovoide con cuello destacado mediante una leve contracurva. En realidad, esta forma viene a ser una reducción de la anterior (tinajas) y presenta sus mismas variantes, con la excepción de que las únicas decoraciones plásticas que muestra son las muescas sobre el labio y los picos sobre la línea de inserción del cuello en el cuerpo, al igual que piezas similares de El Argar y otros complejos del Bronce Pleno.

Estos recipientes parecen destinados esen-

cialmente a funciones de almacenamiento, como consta expresamente a propósito de un tarro asociado al falso enterramiento nº 5 (en realidad un depósito ritual de un tarro de semillas; Valiente 1992: 129-31; 232-37; figs. 119 y 121; id., 1993a). Quizá denote esta misma función de almacenamiento el depósito de una orza, una tinaja y varios tarros enteros en el probable silo de la hoya 1A-1 (Valiente 1987: 33-39; figs. 15 y 18-22).

Es un tipo muy frecuente en asentamientos levantinos, como los poblados de Orpesa la Vella (C. Olaria, F. Gusi 1977: fig. 3, tipos 1 y 2) o la Lloma Rodona (Navarro 1982: fig. 4,a), donde muestran variantes diversas, entre ellas las decoradas con picos en el arranque del cuello. Un único ejemplar con asa hallado en la Zona C de Cogolludo (Valiente 1987: fig. 111,651) tiene paralelos exactos en Los Tolmos de Caracena, donde se clasifica como variante E,3 (Jimeno 1984: fig. 11,3).

En varias hoyas situadas en el extremo nordeste de la Zona A, concretamente en la cuadrícula 6C (Valiente e.p.: figs. 155-164), se prodiga una variante de cuerpo más abombado, sole-ro curvo y cuello marcado mediante una fuerte contracurva; estas piezas van acompañadas de restos de tinajas del segundo tipo, lo que podría indicar que se trata de una variante tardía, así como de recipientes medianos de galbo más estrecho y alargado, semejantes a los hallados en una hoya-escondrijo de Alarilla asignable al horizonte Protocogotas (Valiente 1999 e.p.).

3. Recipientes medianos de perfil curvo continuo. Son los cuencos y cazuelas cuenquiformes que aparecían con notable profusión al final de la primera fase del poblado. Sus variantes se distinguen por la mayor o menor tendencia a cerrarse, que genera formas ultrasemiesféricas. A veces rematan en labios ligeramente exvasados o incorporan asideros simples o dobles bajo los mismos. Son formas tan sencillas como funcionales y por ello perduran durante la etapa más reciente del poblado. El hecho de que los perfiles más cerrados aparezcan generalmente en tamaños medianos podría indicar una determinada funcionalidad, posiblemente la manipulación de líquidos, como sería el ordeño. Estos recipientes de perfil continuo y cerrado se conocen en otros asentamientos del Bronce Pleno, como Los Tolmos de Caracena, donde se

clasifican como tipo B,1-3 (Jimeno 1984: fig. 11) o el nivel I de la cueva de Arevalillo de Cega, para el que hay fechas radiocarbónicas en 1450-1400 a.C. (Fernández-Posse 1981: figs. 7 y 17).

4. Cuencos, cazuelas y lebrillos carenados.

Son el elemento verdaderamente emblemático de la fase del Bronce Pleno de Cogolludo y, en general, de todas las “provincias” culturales de la Península Ibérica, especialmente las que muestran algún tipo de conexión con ambientes mediterráneos: Argar, motillas y otras facies del Bronce de La Mancha, Bronce Valenciano, Tajo, ..., aunque su presencia se acusa también al norte del Sistema Central.

En las motillas manchegas son característicos los cuencos y cazuelas de carenas medias, a veces con una pestaña inserta en la línea de carenación; se consideran formas emblemáticas de aquellas culturas (Nájera y Molina 1977: figs. 11,c,d,e; 12,c). Las grandes cazuelas de carenas muy bajas se relacionan con formas típicas del Argar B, del Bronce valenciano y de los establecimientos ribereños del Tajo (Nájera y otros 1979: 33).

En este mismo ámbito del Tajo es de destacar la presencia masiva de esta forma y sus variantes, “la más característica del yacimiento”, en el Tejar del Sastre. Se citan también paralelos estrictos en la Colonia del Conde de Vallengano (Pérez de Barradas 1929: 158-60; fig. 48), en el Arenero de Las Mercedes (Pérez de Barradas 1936: lám. XXXV,4) y en la cueva de Pedro Fernández de Estremera (Quero 1982: 239-43; figs. 33, 34 y 35). En la Meseta Superior cabe citar los ejemplares clasificados en Los Tolmos de Caracena como variantes 2 y 4 del tipo C (Jimeno 1984: 76; fig. 11).

En Cogolludo, algunas de estas piezas aparecen asociadas a enterramientos, unas veces como contenedores de restos humanos infantiles (Valiente 1992: 154-59; figs. 144-150) y otras como elementos de ajuar funerario. Especialmente significativo es el caso del enterramiento nº 1 (Valiente 1987: 116-17; figs. 104-106; lám. III, a-b), que incorporaba a modo de ofrenda un cuenco de este tipo; el análisis radiométrico de un hueso del esqueleto dio la fecha de 1500±160 a.C. (*ibid.*, 159-62), que se sitúa en el ecuador cronológico de esta etapa en Cogolludo. En efecto, en Cogolludo se han obtenido dataciones

radiocarbónicas conectadas directamente con enterramientos de esta fase, la más antigua en 1830±110 a.C. (Valiente 1992: 196-98) y la más moderna en 1390±100 a.C. (Valiente 1992: 195-96). La primera de estas dos dataciones, que podría parecer un tanto retrasada, se confirma en Cogolludo por la aparición de algunos fragmentos campaniformes intrusivos en hoyas del Bronce Pleno, como ocurre también en el citado yacimiento del Tejar del Sastre (Quero 1982: 241-42). En la zona levantina se da así mismo un paralelismo exacto en este tipo de piezas; baste citar al respecto las de Les Planetes de Benassal, que muestran prácticamente todas las variantes que se han recogido en Cogolludo (González 1978: figs. 25-35).

Una variante de esta forma son las fuentes carenadas muy abiertas, que aparecen en conjunción con soleros en ónfalo o peana (fig. 4B) y se han interpretado como indicio de fechas tardías (un hipotético “El Lomo III”; Valiente 1992: 244); estas formas se deberían posiblemente a un temprano influjo de la facies Protocogotas, de la que hay otros testimonios en La Loma del Lomo (Valiente 1999: fig. 1,1-4). Junto con las formas de perfil continuo reentrante revelarían la importancia creciente de la ganadería (consumo de lácteos y carne) al sobrevenir la crisis final del Bronce Pleno, que habría afectado a toda la cuenca superior del Tajo (Muñoz 1999: 105-108).

5. Cazuelas y cuencos de paredes rectas muy abiertas y solero en pico, curvo o aplinado. Es también una forma con paralelos estrictos en Tejar del Sastre, donde, sin embargo, su presencia es menos densa que en Cogolludo. A este mismo perfil corresponde la forma A,2 de Los Tolmos de Caracena (Jimeno 1984: 76; fig. 11). Otro ámbito en que aparecen las grandes fuentes de paredes rectas abiertas es el Bronce valenciano, concretamente en el Cerro de la Campana de Yecla, donde se fechan por datación radiocarbónica en 1360-1380 a.C. (Nieto y Martín 1982: 298-300), indicio probable de que este tipo pertenece más bien a los momentos finales de estos poblados, en consonancia con lo dicho acerca de las cazuelas carenadas de borde muy abierto, aunque en Cogolludo es posible rastrear su presencia hasta la plenitud del Eneolítico (cf. “conjunto II”). Otro establecimiento levantino que muestra en sus cerámicas una se-

mejanza que llega a la identidad con Cogolludo es la estación castellanense de Les Planetes; entre sus formas más comunes se dan estas fuentes de paredes rectas con solero en pico (González 1978: forma 9) o, más frecuentemente, curvo (*ibid.*: formas 1-7, 10-13). El hecho de que esta forma y sus variantes aparezcan en diferentes tamaños indicaría unas funcionalidades que podrían ir desde la de plato o escudilla individual hasta la de fuente o amasadera familiar.

4. Resumen y conclusión

De las consideraciones que anteceden podemos deducir algunas conclusiones, siquiera provisionales, y también algunos interrogantes que habremos de tomar como otras tantas directrices para la investigación en torno al poblamiento de la cuenca superior del Tajo durante las Edades de los Metales.

Centrándonos en el poblado de la Loma del Lomo, lo primero que sacamos en claro es que fue ocupado durante dos etapas sucesivas, el Eneolítico/Calcolítico¹ y la Edad del Bronce Pleno. En Cogolludo hay indicios de continuidad y a la vez de ruptura entre una y otra desde perspectivas distintas. En cuanto al hábitat propiamente dicho, podemos intuir que la primera fase se caracteriza por la utilización de unas viviendas consistentes en cabañas hechas de materiales efímeros, de carácter estacional y de una gran simplicidad, pero que con el paso del tiempo van adquiriendo una mayor complejidad, consistente en la inclusión de dos o más hoyas bajo la misma techumbre como elementos auxiliares para mejor organizarlas, de modo que el espacio interior se estructura de acuerdo con una diversidad de funcionalidades: hogar, lecho, despensa, cantareras... hasta culminar en el tipo de cabaña más compleja destinada seguramente a una ocupación más estable, dados los indicios de construcción más esmerada, cuyo modelo sería la del “Conjunto I”, que además nos aporta el dato de que al exterior de las cabañas hay hoyas que cumplen la función de vertederos.

Este tipo de cabaña perduraría a lo largo de la Edad del Bronce Pleno y en cierto modo la inaugura, ya que representa, al menos en lo que respecta a la cultura material, principalmente las cerámicas, una clara continuidad con respecto a la primera fase y a la vez un comienzo de la segunda, como acreditan, por ejemplo, los indicios

de una práctica más intensa y diversificada de la agricultura, que induce a suponer una mayor estabilidad de la población.

El tipo de vivienda más elemental (el chozo de pastor) o el más complejo (la cabaña con hoyas como elemento auxiliar) es habitual en poblados contemporáneos de la cuenca superior del Tajo. Pero en el ámbito geográfico en cuyo margen se sitúa Cogolludo, es decir en las estribaciones del Sistema Central, tenemos sincrónicamente el hábitat en cuevas o en abrigos rocosos. Esta disonancia, que aparece ya en el Neolítico, se ha interpretado como consecuencia de unos “sistemas cíclicos y reiterativos de amplia deambulación” que permiten explotar alternativamente los recursos cinegéticos, ganaderos y forestales de las serranías y el potencial agrícola junto con los pastizales de los valles (Muñoz 1999: 33-37). En todo caso, la modalidad del

hábitat en cueva tiende a desaparecer con el paso del tiempo, de modo que se recurre a ella sólo en situaciones excepcionales, mientras que subsiste y se perfecciona la vivienda al aire libre, un proceso al que subyace el avance hacia la sedentarización y que posee, consecuentemente, una cierta valencia cronológica. En trabajos anteriores se caracterizó el grupo humano que se asentó en Cogolludo como integrado por unos pastores que practicaban la trashumancia de ciclo corto entre las dos vertientes de la Cordillera Central, pero que paulatinamente adoptaron la agricultura como base principal de subsistencia, con la consiguiente sedentarización, entre otros cambios incluso de mayor calado, como una nueva cosmovisión, según acredita el hecho de que la vivienda se convierte en escenario de actividades rituales, al menos de carácter funerario.

Nota

¹ Dos denominaciones igualmente incadecuadas. Por pura conveniencia se entiende aquí que Eneolítico es el comienzo de la que en otros ámbitos lingüísticos se designa como Edad del Cobre, cuando este metal es ya *teóricamente conocido*, mientras que el Calcolítico sería el lapso que media entre aquella y la Edad del Bronce Pleno, cuando ya se ha **difundido** el uso del metal (Delibes 1977: 145-46).

Referencias bibliográficas

- ADÁN ÁLVAREZ, G.; ARRIBAS HERRERA, A.; BARBADILLO, J.; CERVERA GARCÍA, J.; ESTRADA GARCÍA, R.; GARCÍA VALERO, M.A.; JORDÁ PARDO, J.F.; PASTOR MUÑOZ, J.; SÁNCHEZ CHILLÓN, B.; SÁNCHEZ MARCO, A.; SANCHIZ, B.; SESÉ, C. (1995): Prospecciones y excavaciones arqueológicas en el alto valle del Jarama (Valdesotos, Guadalajara, Castilla-La Mancha). *Arqueología en Guadalajara* (R. de Balbín, J. Valiente y M.T. Mussat, eds.), Servicio de Publicaciones de Castilla-La Mancha, Toledo: 111-24.
- ALMAGRO GORBEA, M.; DÁVILA, A. (1988): Estructura y reconstrucción de la cabaña "Ecce Homo 86/6". *Espacio Tiempo y Forma*, I,1: 361-74.
- ASQUERINO FERNÁNDEZ, M.D. (1979): "Fondos de cabaña" del Cerro de la Cervera (Mejorada del Campo, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 36:119-50.
- AUDOUZE, F.; BÜCHSENSCHÜTZ, O. (1992): *Towns, Villages and Countryside of Celtic Europe*. Londres.
- BUENO RAMÍREZ, P. (1991): *Megalitos en la Meseta Sur: los dólmenes de Azután y La Estrella, Toledo*. Excavaciones Arqueológicas en España 155, Madrid.
- BUENO RAMÍREZ, P.; JIMÉNEZ SANZ, *.; BARROSO BERMEJO, J. (1995): Prehistoria Reciente en el Noroeste de la provincia de Guadalajara. *Arqueología en Guadalajara* (R. de Balbín, J. Valiente y M.T. Mussat, eds.), Servicio de Publicaciones de Castilla-La Mancha, Toledo: 71-95.
- CUADRADO, E.; FUSTÉ, M.; JUSTE R. (1964): *La Cantera de los Esqueletos. Tortuero, Guadalajara*. Excavaciones Arqueológicas en España 38, Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNÁIZ, M.D. (1980): Los materiales de la Cueva del Aire de Patones (Madrid). *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 10: 39-64.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNÁIZ, M.D. (1981): La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia). *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 12: 43-84.
- GIMBUTAS, M. (1965): *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*. La Haya.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1978): Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Les Planetes, Mas d'en Serrans, Benassal (Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 5: 207-41.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (1998): La neolitización de la cuenca alta del Tajo. Nuevas propuestas interpretativas para el Neolítico de la Meseta. *Complutum*, 9: 27-47.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (1984): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. Campañas de 1977, 1978 y 1979. Excavaciones Arqueológicas en España 134, Madrid.
- LÓPEZ PLAZA, M.S. (1974): Materiales de la Edad del Bronce hallados en Muñogalindo (Ávila). *Zephyrus*, 25: 121-43 .
- MARTÍN VALLS, R.; DELIBES DE CASTRO, G. (1976): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 42: 411-35.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. (1979): El yacimiento de "La Esgaravita" (Alcalá de Henares, Madrid) y la cuestión de los llamado "fondos de cabaña" del Valle del Manzanares. *Trabajos de Prehistoria*, 36: 83-118.
- MOLINA LEMOS, L. (1980): El poblado del Bronce I de El Lobo (Badajoz). *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 9: 91-127.
- NÁJERA, T.; MOLINA, F. (1977): La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones en las motillas del Azuer y Los Palacios. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2: 251-300.
- NÁJERA T.; MOLINA, F.; DE LA TORRE, F.; AGUAYO, P.; SÁEZ, L. (1979): La motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1976. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 6: 19-50.
- NAVARRO MEDEROS, J.F. (1982): Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante). *Lucentum*, 1: 19-70.
- NIETO, G.; MARTÍN, J.C. (1982): El Cerro de la Campana y su cronología según el C-14 (Yecla, Murcia). *XVI Congreso Nacional de Arqueología*: 295-307.
- OLARIA, C.; GUSI, F. (1977): El poblado de la Edad del Bronce de Orpesa la Vella (Orpesa del Mar, Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 4: 79-100.

- PASCUAL-BENITO, J.LL.; BERNABEU AUBAN, J.; PASCUAL BENEYTO, J. (1993): Los yacimientos y las estructuras. *El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)* (J. Bernabeu Auban, ed.), Saguntum 26: 11-179.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1929): Los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid. *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España*, 11: 153-322.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1936): Nuevos estudios de Pehistoria madrileña I. La Colección Bento. *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-VI: 3-90+39 láms.
- QUERO CASTRO, S. (1982): El poblado del Bronce Medio de Tejar del Sastre (Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 1: 183-247.
- VALIENTE MALLA, J. (1984): El abrigo de Peña Corva, en Santamera (Riofrío del Llano, Guadalajara). *Wad-Al-Hayara*, 11: 271-88.
- VALIENTE MALLA, J. (1987): *La Loma del Lomo* I. Excavaciones Arqueológicas en España 162, Madrid.
- VALIENTE MALLA, J. (1988): El ídolo de “El Lomo” (Cogolludo, Guadalajara). *Trabajos de Prehistoria*, 45: 259-72.
- VALIENTE MALLA, J. (1992): *La Loma del Lomo* II. Servicio de Publicaciones de Castilla-La Mancha, Toledo.
- VALIENTE MALLA, J. (1993a): Un rito de fertilidad agraria de la Edad del Bronce en la Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara). *Homenaje a José M^a Blázquez*, I: 253-65.
- VALIENTE MALLA, J. (1993b): Metalurgia en el poblado de La Loma del Lomo (Guadalajara, España). *I^o Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto: 301-317.
- VALIENTE MALLA, J. (1995a): Un asentamiento neoeolítico en “Los Cerrillos” (Cogolludo, Guadalajara). *Wad-Al-Hayara*, 22: 137-50.
- VALIENTE MALLA, J. (1995b): El hábitat eneolítico de La Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara). *Arqueología en Guadalajara* (R. de Balbín, J. Valiente y M.T. Mussat, eds.), Servicio de Publicaciones de Castilla-La Mancha, Toledo: 137-49.
- VALIENTE MALLA, J. (1997): Una cabaña doble del Calcolítico en la Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara). *II Congreso de Arqueología Peninsular* (R. de Balbín Behrmann y P. Bueno Ramírez, eds.), Fundación Rei Afonso Henriques. Zamora, II: 495-507.
- VALIENTE MALLA, J. (1999, e.p.): Cogotas I en la cuenca superior del Tajo. *III Congreso de Arqueología Peninsular*, Vila Real.
- VALIENTE MALLA, J. (e.p.): *La Loma del Lomo* III.
- VALIENTE MALLA, J.; GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M.P. (1983): La Cueva Harzal de Olmedillas (Sigüenza, Guadalajara). Resultados de una prospección. *Wad-Al-Hayara*, 10: 7-24.
- VALIENTE MALLA, J.; MARTÍNEZ SASTRE, V. (1988): Nuevo yacimiento eneolítico: “La Cueva” (Baños, Guadalajara). *Wad-Al-Hayara*, 15: 7-43.